

Cartas a los Poetas

Primera Carta

Por Angel Martinez, S. J.

Queridos Poetas:

He dicho que esta carta estaba esperándome —esperándonos— aquí y quise hacer de ella mi primera carta a los poetas. Ahora veo que ni es primera ni casi carta ni está escrita todavía. No sé cómo la escribiré, como tampoco sé a quién se la dirijo. Se la dirijo —y con esto no me contradigo— a todos los poetas, los que han sido, los que son y los que serán. Todos juntos en un verdadero *cuerpo poético*, que se parece, en lo natural, a lo que, en lo sobrenatural, es el otro *Cuerpo* que llamamos *místico*.

No es primera carta, porque todas las que escriba no han de ser sino una sola continuada, aunque aquellos a quienes directamente vaya dirigida cada una de las partes sean distintos.

No es casi carta. Y sin embargo a medida que avanzan todas estas que forman la única carta, veo más su verdad de verdaderas cartas. Por qué había de fingir yo lo natural, cuando tan naturalmente nacía? En lo que sí hubiera dudado hoy, si ahora comenzara yo estas cartas, sería en el título que llevan todas ellas: CARTAS A LOS POETAS. Al empezarlas, no me acordaba yo —si es que alguna vez lo había sabido— de que existiese la obra de Andrew Lang LETTERS TO DEAD AUTHORS (Cartas a Autores muertos). Y con todo, aunque fuese ahora cuando comenzase las impresiones literarias que aquí he de ir reuniendo, estaría demás una excusa del nombre y la forma con que van agrupadas. Ni en el nombre propiamente coinciden, ya que las cartas de Lang son a autores muertos y las mías son siempre a autores vivos —Homero, Shakespeare, Cervantes—; ni menos coinciden en el modo, ya que las de Lang son una ficción más de cartas y las mías o son cartas verdaderas —escritas y mandadas como cartas— o del todo no son cartas. Ahora me parece que ninguna de ellas es carta y que, sin embargo, todas ellas son cartas verdaderas, por más que cuando escribía algunas de ellas no pensase en que estaba escribiendo una carta. Me pasa con esas impresiones literarias lo que con mis poesías, que, cuando resultan buenas, son siempre cartas. Y cartas de amor: “*Toda obra de arte es una carta de amor escrita a alguien*”. (Charles Chaplin.)

Así sucede esta cosa inverosímil: que yo me pase ratos y ratos escribiendo cartas a aquéllos —éstos— que viven conmigo en mi cuarto, distribuidos de ordinario por los estantes y siempre, cuando escribo o leo, agrupados alrededor de mi mesa, siendo yo el centro de todos y siendo cada uno el centro de todos los demás. Converso largamente con ellos. Y después de la conversación me pongo a escribirles. A veces, en la misma conversación, sin decirles: —*Con su permiso*, los dejo un momento y les escribo el trozo de una carta. Así van saliendo estas destrozadas *Cartas a los Poetas*: destrozadas partes de la irrompible unidad que todos formamos a una: los que fueron, los que somos, los que vendrán, en el, hermoso y uno, *cuerpo poético* que se ha de formar de todos los cuerpos de poesía.

Estoy con todos. De todos vivo y con todos sueño. Sueño que desde mi sole-

dad, ancha soledad de este cuarto estrecho para tantos papeles, para tantos libros, para tantas almas —las almas no ocupan lugar y es sin embargo el cuarto estrecho para tantas almas—, los hago yo también vivir un poco más a todos, vivir de mi vida cuando yo vivo la de ellos y la mía. Cuando yo hago una poesía, toda la poesía de ellos crece un poco, y tal vez mucho, si mi poesía es digna de ellos. Cuando leo una poesía suya, cuando la leo de veras, para mí en poeta —y siempre por primera vez después de haberla leído antes muchas veces—, lo mismo que cuando se la leo a ellos mismos, toda mi poesía crece y crece siempre mucho. (Esa es la razón de que al volver después de pasado algún tiempo sobre una poesía buena nuestra, nos encontremos con que ha crecido.) Y así la poesía del Dante es mía, yo la hago mía y le doy al Dante algo de mi poesía. Mutuamente nos estamos —en un tiempo sin tiempo, contemporáneos en lo eterno de la poesía— creando y re-creando. Y así cuando hable yo de la poesía del Dante —o de la de Aleixandre o de la de José Ma. Areitio, el auténtico poeta que casi yo solo conozco—, o cuando hable del Dante mismo como poesía, no podré menos de dar a todos algo de mi poesía con la suya y con él mismo hecho poesía para todos. Y la de todos crecerá, y con ella la mía. Y este crecer todos a una con el crecimiento de uno solo es *Comunión de los Poetas*. Y no hay en el decir esto así ninguna profanación de un nombre y de una cosa tan santos. Vosotros, poetas, ya lo sabéis. Me lo habéis recibido con alegría cuando os lo dije de palabra y yo sé que también ahora sentís esa misma alegría al verlo escrito. Otros no lo verán así. Pero es así: No es sino trasladar al orden natural esa cosa tan alta del orden sobrenatural, que como todas las cosas altas, sobrenaturales, tiene en las naturales sus correspondientes análogas. Esto es comunión. Os lo escribo a vosotros, poetas todos, en esta carta que es para todos, como si a cada uno en particular se la escribiese —como, en realidad, a cada uno en particular se la escribo—. Y os lo diré siempre a todos en las cartas que a cada uno en particular he de ir escribiendo, como si a todos se las escribiese, como de verdad para todos las he de escribir en la que a cada uno en particular escriba.

Queridos poetas:

Cuando os escribo, me escribo a mí y me inscribo en vosotros —me suscribo a vuestra poesía—, porque antes, en esta comunión de los poetas en que creo, todos habíamos sido ya escritos e inscritos: inscritos en y suscritos a esa poesía universal, que es alma que informa ése que hemos llamado *cuerpo poético* que se está haciendo de todos los poetas que fueron, que somos, que han de ser y que nos hace decir a una voz a todos: *Creo en la Comunión de los Poetas*.

De esto sólo quería yo hablar en esta carta primera o en este comienzo de mi única carta. Quizá inconscientemente pretendía, hablando con vosotros, explicar a *losotros* ése que ha de servir de lema para todas las partes de esta carta una y diversa. Pero me hallo embarazado. Porque este comienzo se ha alargado más de lo conveniente; porque quizá he dicho ya, para algunos, demasiado; porque todavía no hallo el modo de poner frente a frente el analogado principal que es la *Comunión de los Santos* y este otro analogado imperfecto, pero tan sugerente y sugestivo, de la *Comunión de los Poetas*, para que de aquél reciba toda la alteza de iluminación que merece. Sí, yo sé lo que es la *Comunión de los Santos*. Sé lo que significa ese dogma en la vida de la Iglesia —en su vida de siempre y especialmente en su vida de hoy por la actualidad que las circunstancias de su momento histórico dan a esa verdad—. Y por lo que sé que eso es en el orden sobrenatural o de vida divina, siento lo que es y lo que en el orden natural debiera significar, para la vida humana —siempre elevable a divina—, esta otra comunión de los poetas, de la que, como ideal y en el grado posible, deben participar todos los hombres.

Apenas si hay nada de lo que he aprendido de esa más alta y divina *Comunión*, que no tenga aplicación a esta excelsa, pero humana comunión poética. Ya digo, siempre para *losotros*, que estamos en pura analogía. Y cuántas cosas no

tenemos que explicar del principal analogado! Tendríamos que explicar la altísima significación de la palabra *Comunión*, tal como la recibió de los autores sagrados la primitiva comunidad cristiana: el más alto, el último sentido al que tienden todos los otros, el que le da San Juan, de vida en comunión, comunidad, sociedad, con las divinas Personas; los diversos sentidos —que vienen a reducirse a uno: comunión de la vida divina en Cristo y por Cristo— que tiene en San Pablo, ya de comunicación (*comunión*) con los sufrimientos de Cristo; ya comunicación del cáliz que es su sangre y del pan que es su cuerpo; ya comunicación del Espíritu Santo; y, de nuevo, en la incorporación mística por la fe y la gracia, la *Comunión* en el sentido que generalmente hoy le damos, la *Comunión Eucarística*. Así veríamos lo naturalmente que aquellos primeros *Santos* dieron a una misma palabra ese sentido primero y fijo de *comunicación*, pero con el matiz de intimidad que pone el amor en todas sus obras, como comunicación en obras de vida. Y el sentido segundo de *comunidad* —varios en comunión: el Autor de nuestra comunión— como efecto de aquella comunicación primera de vida. Y el sentido tercero de comunión como fusión de dos seres —Cristo con cada uno de los miembros de la comunidad—, fusión hasta la asimilación, y al mismo tiempo y por ello precisamente, centro vital, verdadero corazón, del cuerpo de esa comunidad. Finalmente, esos mismos sentidos de comunicación de vida extendidos de una manera general a todo el Cuerpo, a los miembros del Cuerpo —fieles, es decir, los Santos— unidos a su Cabeza —Cristo— y con una sola alma —el Espíritu Santo—, como principio y forma de una sola vida divina —la gracia, gracia de santificación en el cuerpo entero—. En la perfecta unión que en ese Cuerpo tienen con su Cabeza y en la participación de vida que a todos se deriva, consiste esencialmente lo que llamamos *Comunión de los Santos*, extendida a los tres estados de transitorio meritório, de transitorio purgante y de definitivo glorioso, que constituyen el Cuerpo completo. Ninguna unión más alta se puede imaginar, sino aquella divina sociedad de las Tres divinas Personas, que era el primer sentido hallado en la palabra *Comunión* y que es el término de la unión de la cabeza y los miembros de ese Cuerpo en su estado definitivo. O sea de la misma vida que aquí los une y allí los corona y glorifica. Cómo se han esforzado muchos pensadores y algunos de los mejores poetas en buscar en lo natural una comunicación que responda para todos al sentido que sólo en esa plena comunión, comunicación de vida que de la plenitud de Cristo se deriva a los miembros de su Cuerpo, tiene realidad alta y totalmente perfecta! (Recuérdese el esfuerzo, estoy por decir vano y totalmente perdido, por haberlo torcido en su legítima dirección, que dió Rilke a ese impulso natural a buscar en el arte la unión de todos. O piénsese en la aspirada comunicación —sangre de la palabra o sangre del universo entero en la palabra— que con sentido más hondo ha buscado la breve teoría y larga práctica de Aleixandre en su poesía.) Y con razón se esfuerzan —nos esforzamos— en buscar y hallar en la poesía esa fuerza de unión para la vida natural, que por ser esencialmente vida y esencialmente comunicación, debe tener y naturalmente tiene. Vuelvo a repetir: ésa es en sí y ésa debiera ser en la realidad —una realidad prácticamente aplicada— la fuerza de la poesía para la unión de todos. Por debajo de todas las contradicciones que separan a los hombres, hay que unirlos a todos en la raíz expresiva de la *palabra* —de la palabra por la que todos pueden expresar su contradicción—. Y así la poesía, en el sentido de creación, que es raíz y vida misma de la palabra, está más honda que todo lo demás. Y como más honda, será más fácil hallar en esa misma hondura la raíz de toda unión posible.

Algunos no verán el paso a esta consecuencia: de la palabra a la poesía. No importa que no lo vean. El paso es en sí claro. El paso es la palabra misma por la que pasamos a todo. La palabra es esencialmente creadora. —La Palabra divina y la palabra humana, que de Ella toma su ser y su fuerza—. Y así la palabra más palabra es esencialmente *poética*. La poesía no es, en su fin y en su función y en el efecto de ese fin y esa función, sino el acto de una comunicación que consiste en recrear creando. Recrea el alma que hace (se hace) poesía y el alma a la que

se dirige o que viene a ella, creando cosas, es decir, diciéndolas —*diciendo cosas*—. Porque las palabras en la poesía no son nada —ella no es nada, no es poesía y las palabras no son poéticas, aunque así se llame a las peores—, si esas palabras no son las cosas que dicen en el grado mayor en que pueden serlo. Y tanto serán esas palabras más poéticas, cuanto ese grado sea más elevado.

Ese es el paso, de la palabra a la poesía: no salto lírico, sino paso lírico y épico y trágico. Vamos a buscar las raíces esenciales de toda unión —comunidad—: esos elementos en que todos necesariamente tienen que estar concordes. Y claro está que para esa unión de todos, primero debemos hacer sensible esta unión nuestra, esta Comunidad de los que, por este modo especial de creación, nos llamamos poetas. Porque es verdad que no hay de hecho poetas aislados, como no hay Santos aislados, sino *constelaciones de Santos* que, unidas todas, forman el cielo último de la Rosa. Todos están, de un modo que no sabemos, dentro de esa comunicación de vida que es la poesía de todos. Pero, en cuanto podamos, debemos hacer que sea más imposible que haya poetas aislados; debemos trabajar, a una todos, para que sea más real la verdad en que creemos, de esa comunidad verdadera, y para que la comunicación de vida que de ella nace, no sólo sea cada vez más estrecha, sino que se haga también sensible. Y para que se extienda aun a los que no son llamados poetas y quizá lo son más que nosotros, sin saberlo. *Imperatores nostrae communione*. . . Emperadores de nuestra comunidad, dirán de los poetas, como San Agustín de los Santos, todos los que, por nuestra comunicación, hayan participado de ésta que es, en lo natural, nuestra vida. Y que, como participada de la vida creadora de Aquel que dijo que El es la vida, está destinada también a ser, en su grado, luz de los hombres. El arte es vida y medio de comunicación de vida; y la vida que comunica el arte es luz, precisamente porque no es sino participación de aquella Luz de los hombres que es *el Verbo —la Palabra—, el Arte de Dios omnipotente*. “En ese Arte divino, dice San Agustín de quien es ese hallazgo maravilloso, nuestra iluminación no es sino participación de la Palabra, es decir, de aquella vida que es la luz de los hombres”. Unidad de la luz y unidad en la luz. Y participación de esa luz, porque “si andamos en la luz, estamos en comunidad unos con otros”. Eso se dice del Arte divino. Pero todo arte humano ha de arrancar de ese Arte y por eso también en nuestro arte humano nuestra iluminación será participación de la palabra, es decir, de la vida que —aquí también— es luz de los hombres. Y si para llegar a esa participación divina se necesitaba que nos limpiase esa misma vida de la Palabra divina y que para eso Ella encarnase y sangrase, también para esta participación humana de la vida, la palabra misma nos ha de purificar, y también encarnando y sangrando. Las dos nos purifican y las dos con sangre. Sangre de la Palabra encarnada: vida divina de los que a Ella se unen, por la Comunidad precisamente de su Cuerpo y de su Sangre. Palabra de sangre humana: vida de poesía o poesía de la vida en todos los que con ella comunican, para ser también amor en la vida.

Quería decir del lema que nos congrega. Y apenas si he empezado. No he dicho nada de aquel significado de comunidad y de comunión, mirando a otro origen: *communis cum-munis*. O sea, simultaneidad de acción. La simultaneidad de creación en que consiste también nuestra poesía. Dos poetas que se comunican, se crean a sí mismos mutuamente. Ahí está la raíz de lo que yo he llamado verdadera fecundación de almas y que se da especialmente entre poetas afines o por semejanza o por oposición de tendencias, de visión interior, de estilos; pero que se extiende en parte a la obra total de todos y que puede ser que sea el principio o uno de los principios de que procede esta total comunicación en que propiamente hemos de hacer consistir la comunión de los poetas.

Y todavía no sé decir más claramente en qué consiste. Ahora, como al empezar a escribir esta carta, siento que, por lo menos, está en esto: —En volver de un viaje largo y hallarme con esta carta escrita para mí en todos y para todos en mí; en tenerlos aquí en mi cuarto a todos y saber que mi vida crece con la de ellos; en no saber aún cómo están unidas nuestras vidas, y sentir sin embargo en la unidad

de una vida que es poesía y en la poesía que es nuestra vida, la perfecta unión —comunidad— de esas vidas; en decirlos a todos, para alegría en la tristeza de la separación que así nos une:

En mi llegada os he encontrado a todos
Y así os saludo desde mi llegada,
Con la esperanza que es vida lograda
De un solo amor en diferentes modos.

Con cielo de agua mansa en los recodos
Del río, nos da el cielo su llamada
Y es dirección al fin la luz hallada
Del principio, en su ser, de astros y lodos.

Ya, del viaje gastado, me repara
Sentir como principio de un encuentro
Este llegar que mi partir aclara;

Que tiene un punto, el corazón, por centro:
Mar unidor en lo que nos separa,
Saber que fuera os vi y hallaros dentro.

Sí, sólo sé decir que aquí, retirado, os siento todavía más que cuando presente os hablaba u oía. Que precisamente para sentir más esa comunión de que tanto hemos hablado y tan poco he sabido decir, es necesario que nos retiremos. Como cuando uno viene de la Comunión más alta, elevada a esa mayúscula sacramental. Cuando uno viene de la Comunión eucarística, se retira a sí mismo para sentir la intimidad de aquella Carne, Sangre, Alma, Divinidad en que él, el comulgante, al paso que va deshaciendo en sí aquellas especies sacramentales en que el Cuerpo y la Sangre de Cristo se esconden, se va convirtiendo él en el mismo Cristo, asimilándose, siendo asimilado por la verdadera Sustancia que está tras los accidentes sin sustancia. En esos momentos es cuando algunos sienten con toda su fuerza soplar al gran viento del Espíritu, el que los une con Aquel en quien se convierten y con el Padre que en los dos a una se complace, y formando así la divina sociedad, comunidad, la comunión más alta con las tres divinas personas de que San Juan nos ha hablado.

Y también para sentir más nuestra vida de poesía es necesario retirarnos. Y por eso los que mejor saben retirarse son los que sienten con más ímpetu de abrazo quieto la intimidad de esta comunión de los poetas. (Vuelvo a acordarme de uno, gran retirado, gran comunicador y gran comunicante en toda su obra poética). Cuando yo empecé a pensar en escribir estas cartas, estaba en Granada de Nicaragua. Y decía:

—Yo vivo retirado —aquí en Granada—, aislado. (Y sabía que no hay poetas aislados.) Nadie sabe de mí. Hago libros que no publico. Creo todos los días mi vida y me re-creo solo. Y sé que de algún modo recreo a los demás. Y por este retiro y por esta intimidad, me parece que soy el poeta más unido a todos los poetas del mundo. Aun a los que ni me conocen ni yo los conozco. (A los que no sabemos que tan bien nos conocemos.)

Escribo cartas y cartas que alguna vez envío por correo ordinario (aquí ordinario no se opone a correo aéreo) y otras por el correo extraordinario —“corrientes transangélicas”— en que sólo podemos comunicarnos los poetas. Y cada vez me afirmo más en mi creencia de que llegan, llegan siempre las cartas, aun las que no mandamos nunca. Por eso sigo escribiendo cartas que nunca envío y sigo mandando cartas que nunca acabo de escribir. Y todas dicen lo mismo:

Creo en la Comunión de los Poetas.